

que aunque venga acompañado
me lo pague todavía.

TURPEDIO.

De queso yo te aseguro
que ningun enamorado
se pagó de compañía;
y cuando bien la trajere
traerá sus dos criados,
que de sombras de tejados
huirán á cual mas pudiere.

MARQUES.

Ya se alcanza
hasta do llega su lanza.

TURPEDIO.

Pues, señor, no nos curemos
ni de sus armas temamos,
pues que no son Anibales.
Vengamos como debemos,
que nosotros dos bastamos
para cuatro lanzas tales.

MARQUES.

Bien me aconsejas por cierto,
yo me confio de tí.
Pero vámosnos de aqui,
no sientan nuestro concierto;
que en consejas
las paredes han orejas.

JORNADA III.

BOREAS. ELISO.

BOREAS.

Pues Eliso, hermano mio,
no te quiero ser muy luengo,
ni sé si te enojarás;
mas con lo que en tí confio
y el gran amor que te tengo,
te diré lo que oirás:
por eso no te receles,
que los buenos servidores
han de ser á sus señores
muy leales y fieles;
mas no tanto
que se pongan del quebranto.
Bien te debes acordar
desde ayer á lo que creo,
nota bien lo que diré,
que no quisiste tomar
lo que te daba Himeneo,
ni yo por tí lo tomé.
Ni me hagas entender
que aquella fue lealtad;
que es la mayor necedad
que nunca te ví hacer,
pues perdiste
lo que en diez años serviste.

ELISO.

No tengas á maravilla
 si no quise á dos por tres
 lo que nuestro amo nos dió,
 que cierto tengo mancilla
 de velle para quien es
 mas pobre que tú ni yo.
 Si cuando rico se viere
 no se acordáre de nos,
 allá contará con Dios
 cuando de este mundo fuere:
 pues vivamos,
 que no falta que vistamos.

BOREAS.

No das en todo el terrero,
 ni por ahí te me escapas,
 ni tienes razon ninguna;
 porque es un necio grosero
 quien puede tener dos capas
 y se contenta con una.
 Lo que somos obligados
 es servir cuanto podemos,
 y tambien que trabajemos
 en que seamos pagados;
 de otra suerte
 nuestra vida es nuestra muerte.

ELISO.

Hermano, bien te he entendido,

por lo cual á tu mandado
 me ternás continuamente,
 y aunque tengo por perdido
 todo el tiempo que he dejado
 de te ser muy obediente.
 Y pues ya tan claras son
 mi mentira y tu verdad,
 confieso mi necedad
 y alabo tu discrecion,
 y de hoy mas
 yo haré lo que verás.

BOREAS.

Mucho huelgo, hermano Eliso,
 pues que repruebas el mal
 como de buenos se espera;
 vivamos sobre el aviso,
 que sin duda el hospital
 á la vejez nos espera.
 Por lo cual te cumple, hermano,
 que sin vergüenza ni miedo
 cuando te dieren el dedo
 que abarques toda la mano.
 Haz si puedes
 que puedas hacer mercedes.

ELISO.

Hermano, deja hacer,
 que no quiero mas laceria
 de la que tengo pasada;

y aun si recibes placer
dejemos esta materia
porque está bien disputada.
Buen tiempo se nos ofrece,
y es cosa justa y honesta:
hablemos á tu Doresta
que á la ventana parece.

BOREAS.

Ya la veo,
y es cumplido mi deseo.

ELISO.

Pues anda, vela á hablar:
yo quedaré de esta parte,
y escucharé desde aquí,
que me conviene notar
cómo sabes requebrarte
para que aprenda de tí.

BOREAS.

No te burles aunque callo,
ni me tengas por grosero,
que en manos está el pandero
de quien bien sabrá tocallo.

ELISO.

Ve callando,
que ya nos está mirando.

BOREAS. ELISO. DORESTA.

BOREAS.

Doresta, señora mía,
guarde Dios vuestra beldad
y vuestra gentil manera.

DORESTA.

Si no por la compañía,
yo os hablára, de verdad,
de modo que no os pluguiera.

BOREAS.

¿Por qué, señora Doresta?

DORESTA.

Porque no me motejeis,
que si otra vez lo haceis,
no os placará la respuesta,
que aunque fea
no tengo envidia á Febea.

BOREAS.

Señora, no os deis fatiga
por yo decir una cosa
que dirá cualquier que os viere.

DORESTA.

Boreas, ¿quereis que os diga?
Cual me veis fea ó hermosa,
tal no falta que me quiere.

BOREAS.
 Pluguiera, señora, á Dios
 en aquel punto que os ví,
 que quisiera tanto á mí
 como luego quise á vos.

DORESTA.

¡Bueno es eso!
 á otro can con ese hueso.

BOREAS.

Ensayad vos de mandarme
 cuanto yo podré hacer,
 pues os desco servir,
 siquiera porque en probarme
 conozcais si mi querer
 concierta con mi decir.

DORESTA.

Si mis ganas fuesen ciertas
 de quereros yo mandar,
 quizá de vuestro hablar
 saldrian menos ofertas.

BOREAS.

Si miráis,
 señora, mal me tratais.

DORESTA.

¿Cómo puedo mal trataros,

con palabras tan honestas
 y por tan corteses mañas?

BOREAS.

Como ya no oso hablaros,
 que teneis ciertas respuestas
 que lastiman las entrañas.

DORESTA.

Por mi fe tengo mancilla
 de veros asi mortal.
 ¿Morireis de aquese mal?

BOREAS.

No sería maravilla.

DORESTA.

Pues galan,
 ya las toman do las dan.

BOREAS.

Por mi fe que holgaria,
 si como otros mis iguales
 pudiese dar y tomar;
 mas veo, señora mia,
 que recibo dos mil males,
 y ninguno puedo dar.

DORESTA.

¿Qué sabeis vos si los dais,
 TOMO I. 25

aunque no se da á entender?
como vos soleis hacer,
que sin dolor os quejais.

BOREAS.

Plegue á Dios
que mi pena pene á vos.

DORESTA.

Vos andais tras que publique
lo que está mejor secreto
para mi fama y la vuestra;
pues sin que mas os suplique
no querais, pues sois discreto,
que haga tan loca muestra.

BOREAS.

No os quiero mas deservir,
pues algo pienso entenderos,
y tendré que agradeceros
si me mandades venir
hora cierta,
que no me negueis la puerta.

DORESTA.

Tal cosa no me mandeis,
que modo ninguno veo
de poder hacedlo asi.

BOREAS.

Esta noche, si quereis,

cuando abrireis á Himeneo,
me podeis abrir á mí.

DORESTA.

Mejor vivan ella y él.
Por eso perded cuidado,
que mi ama ha concertado
que ninguno entre con él.

BOREAS.

Pues haced
que me cumplais la merced.

ELISO.

Ha de ser para mañana.
Vámonos que eres prolijo.

BOREAS.

¿Consentís, señora, vos?

DORESTA.

Señor, sí, de buena gana,
pues que aquel señor lo dijo.
Id con la gracia de Dios.

BOREAS.

Y en la vuestra quede yo
para mi consolacion.

DORESTA.

Estad de buen corazon,
que Dios por todos murió.

*

BOREAS.

Pues señora,
vos quedad mucho en buen hora.

ELISO.

Boreas, nunca creyera
que tanto bien alcanzabas
en este penado oficio,
si por mis ojos no viera
cuando á Doresta hablabas
cuanto queda á tu servicio.

BOREAS.

Vamos, y no nos tardemos,
que nuestro amo está esperando.

ELISO.

Bien podemos ir hablando,
que harto tiempo tenemos.

TURPEDIO. DORESTA.

TURPEDIO.

Beso las manos, señora
de mis secretos, por tanto,
la muy hermosa Doresta.

DORESTA.

Señor, vengais en buen hora.
¿Para qué de chico santo
quereis hacer tanta fiesta?

TURPEDIO.

Sois así gran santo vos,
y en vos tal gracia hallaron,
que de cuantos os miraron
los mas os tienen por Dios,
y no digo
lo que sois para conmigo.

DORESTA.

¡Oh, qué gracioso venís!
nuestro Señor os bendiga.
¿Sabeis mas que me decir?

TURPEDIO.

Si á mí, señora, decis,
sé que me sois enemiga
porque os deseo servir.

DORESTA.

¿Mal lo hago todavía?

TURPEDIO.

No podeis peor hacello.

DORESTA.

Pues de hoy mas, si pienso en ello,
lo haré sin cortesía.

TURPEDIO.

¿Qué hareis?

DORESTA.

Rogaros que me dejéis.

TURPEDIO.

Algun enamorado
sé que esperais vos agora.

DORESTA.

Mas hombre que vos en todo.

TURPEDIO.

Cierto, no me maravillo,
porque sois merecedora
del mayor que pisa lodo.

DORESTA.

No seríades mochacho.

TURPEDIO.

Y aun hombre os pareceré.

DORESTA.

Dejadme por vuestra fe,
que no quiero vuestro empacho.

TURPEDIO.

Ni querais,
ni de Dios salud hayais.

DORESTA.

Pues yo vos prometo á Dios

que yo lo diga al marques,
y quizá por vuestro daño.

TURPEDIO.

Pues si tal sale de vos,
yo os daré tanto mal mes
que nunca os falte mal año.

DORESTA.

¡ Veis qué rapaz sin mesura,
cómo tiene presuncion!

TURPEDIO.

Pues voto al fuerte Sanson
de daros mala ventura;
que aqui está
quien de vos me pagará.

DORESTA.

Pues no te tomes conmigo,
que no me espantan tus motes
por mucho que me amenaces;
que si á tu amo lo digo
te hará dar mil azotes,
que es castigo de rapaces.

TURPEDIO.

Pues si alcanzarte pudiera,
por eso que agora dices,
te cortara las narices,
doña puerca, escopetera.

DORESTA.

Para vos.

TURPEDIO.

¡ Oh! reniego, y no de Dios.